

34.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 34

RÓMULO TOVAR

HÉRCULES Y LOS PASTORES

Y OTROS ARTÍCULOS

SAN JOSÉ, C. R.

Imprenta Alsina

• • 1913 • •

ÍNDICE

Roberto Brenes Mesén:

RÓMULO TOVAR

Rómulo Tovar:

ADVERTENCIA

HÉRCULES Y LOS PASTORES

EL SERMÓN DEL MONTE

UNA ESCENA

SOBRE LA INTEGRIDAD DEL
CARÁCTER

LAS MANIFESTACIONES VA-
LIENTES DEL HOMBRE
DEL CAMPO

EL GENIO

LAS ROSAS SE DESHOJAN

EL SEPULTURERO Y HAMLET

LA MONTAÑA

RÓMULO TOVAR

Con clarín de bronce sonoro anuncio al pensador. Es joven, pero es su mente poderosa. Estudia y piensa.

Ama la filosofía y un lejano rumor de cosas divinas murmura a la sombra de sus altos pensamientos.

Su amada filosofía viste el traje uranio de las Musas. Adora y admira, por eso crea. Su pujanza le arrastra al bosque centenario de Emerson.

El ensayo es su forma literaria. Ninguna otra es tan amplia, porque en ella caben todas: el salmo y el idilio, la grandilocuencia de la oración, el peplo imperial de la rapsodia, las trompetas de plata del himno.

Hay en él, a ratos, pesimismo. Pero es el suyo el de un joven que piensa. Cuando descubra la divina ley de la armonía, comprenderá la

lira de Apolo y entenderá que en los senos del Caos se amamanta el Cosmos. Emerson le ha enseñado a ver en las obras de piedra de los hombres, sus pensamientos incorporados. Pronto la inspiración del filósofo le dejará comprender que así son todas las maravillas del Universo: las creaciones de la Mente, las hijas del Pensamiento y una cadena de fulgores enlazará todas las cosas en su inteligencia.

La órbita de este planeta que se levanta está trazada por la Filosofía —bajo la guarda bienhechora de las Musas.— Le veremos con gusto aparecer periódicamente sobre la curva sideral de nuestro horizonte.

ROBERTO BRENES MESÉN

ADVERTENCIA

ESTAS páginas tienen sus raíces en el corazón mismo de algunos de aquellos libros que constituyen el verdadero y justo lujo del mundo, y nacen ellas bajo la inspiración de un ideal de belleza y de perfeccionamiento moral. Quizás explicaría mejor el origen de ellas, diciendo valientemente que he hecho mía la noble y ardiente oración de Sócrates, con la cual el Maestro cierra su altísimo diálogo con Fedro, y que como una lámpara de oro, está puesta sobre el camino del hombre para orientar sus energías superiores:

«Oh Pan y vosotras divinidades que habitáis en estas ondas! dadme la belleza interior del alma y haced que en mí lo exterior esté en armonía con esta belleza espiritual. Que el sabio me parezca siempre rico y que yo posea tan sólo aquella riqueza que pueda soportar y emplear».

Comprendo que esto es apenas el comienzo de una labor, pero la sinceridad con que ella ha sido realizada justifica lo que le falte para ser estimable.

Debo hacer manifestación cordial de mi gratitud al señor García Monje, por la benevolencia con que ha acogido en su revista *ARIEL*, una labor que no responde a su exquisito temperamento de selección filosófica y literaria.

Rómulo Tovar

HÉRCULES Y LOS PASTORES

HÉRCULES se placía disputando con un grupo gentil de pastores. Recorriendo la tierra a busca de aventuras grandes, topó con aquel enjambre alegre de montañeses en un bello rincón de Grecia, y como fuera entrada la noche, quedóse con ellos, entre otras razones, para gozar de la tibieza de su encantadora lumbre.

Los pastores, entre quienes había jóvenes y viejos, discurrían acerca de las cosas del firmamento con deleitable simplicidad: a los unos parecíales fácil ocultar una estrella en la mano; a los otros, ponerla de diadema en la frente de una mujer; los más avanzados en juicio hacían mil curiosas conjeturas sobre lo que serían aquellos altos y misteriosos puntos brillantes, y si, como decían algunos sacerdotes

jóvenes, habría en ellos ciudades y hombres, como aquí abajo; cómo serían esas ciudades de maravillosas y de extraordinarios tales hombres.

Hércules escuchaba, emocionada su alma varonil con aquella delicada inquietud de espíritu, que aleteaba a su alrededor como una ronda de mariposas que naciera de la lumbre.

«Extranjero—preguntóle uno de los más viejos montañeses, viéndole retraído aunque risueño, y comprendiendo que también él deseaba interesarse en la disputa—tú sabes por ventura si esas lámparas vivas son nuestros dioses u otra cosa distinta?»

Los pastores jóvenes, entretenidos en poetizar las cosas del cielo, tuvieron por donosa y discreta aquella interrogación al extranjero, y todos volvieron las miradas hacia éste, por verle cómo respondía, y esperaron con ansia la respuesta, con aquella absorbta atención con que los chiquillos oyen narrar un cuento.

Hércules entonces repuso con cierta gracia divina:

«Sois investigadores como niños,

y habláis, como jugando, de aquello que solamente los dioses no deben ignorar. De la pregunta que me hacéis, nada os diré sobre si las estrellas son vuestras divinidades, pero sí os he de advertir que algunas de ellas son tan grandes y tan pesadas como lo es este mundo en donde vosotros apacentáis vuestros rebaños».

«Extranjero—insistió el viejo—qué sabéis vos de la pesantez del mundo?»

Como no hubiera sido Hércules hijo de dioses, allí mismo habría perdido su majestad ante la inquisitoria irrespetuosa del anciano montañés; pero, antes bien, más noble y sonriente que hasta entonces, contestó con alguna indiferencia amable:

«Lo he llevado sobre mis hombros en más de una ocasión!»

La plática se quebrantó aquí: los jóvenes pastores quedáronse fija y asombrosamente mirando a los ojos bellos del jactancioso extranjero, sin poder comprenderle. Empero, el viejo preguntador, más sagaz que sus sencillos compañeros, tuvo en aquel instante un misterioso presentimien-

to de quien era aquel que hablaba en tono tan solemne y con semejante autoridad; mas disimulando su presentimiento, porque él sabía que las divinidades se descubren a ciertos mortales, y se llenan de ira contra éstos cuando no guardan con prudencia este favor celestial, continuó preguntando:

—«Y deveras pesa mucho el mundo, extranjero?»

Hércules levantó despectivamente los hombros que habían soportado el enorme mundo y murmuró:

«Algo pesa, en verdad.»

Era mucho decir para un hijo de la tierra, por más grande y hermoso que fuera el hijo de Júpiter, a los ojos de aquellos oscuros hombres; los pastores, sin embargo, no desconociendo, como dice Homero, que los dioses a veces se mezclan entre los hombres para observar su conducta, aceptaron con prudente reserva que aquel bello peregrino hubiese puesto sus hombros para que alguna vez el mundo descansase sobre de ellos. Por lo demás, menos daño se viene dejando pasar una mentira, que provocando la ira de una

divinidad, y buen ejemplo de ello fueron los troyanos.

Uno de los más jóvenes pastores, cuyos ojos, por lo cándidos y serenos, se confundían con los de una mujer en la virginidad, preguntó tímidamente qué sería lo que daba su peso al mundo. Hércules habría querido besar la frente de aquel niño, en cuyos labios rosados la filosofía prendía una flor en botón. El hijo de los dioses dejó, sin embargo, que los otros pastores resolvieran la atrevida interrogación del bizarro montañés.

Uno de ellos, menos reflexivo que todos, insinuó: «que a buen seguro, el agua del mar era la que daba su peso al mundo.»

Otro se aventuró a decir: «No lo creo así; el agua es ligera como las mujeres. Más pesados han de ser los montes.»

Y con este motivo hubo una graciosa disputa entre todos los pastores, de modo que ninguno se puso de acuerdo con la opinión de los otros.

Tales dijeron que la tierra pesaba por los imperios; los otros que por las

ciudades; éstos, que por Atenas; alguien se aventuró a decir que la noble cabeza de Prometeo hacía el peso y el equilibrio del mundo; quien dijo que también podía hacerlo la hermosura de Helena. Y así fue cada cual dando su mejor parecer, hasta que uno de ellos, el más silencioso y quien había dejado a sus compañeros jugar con la imaginación, observó como recitando versos para su propio encanto: «Acaso el bello pensamiento de un filósofo»; bien pudo haber dicho con no menos razón que fuera la elocuencia de un tribuno, los cantos heroicos de un rapsoda o una ley justa o una sabia institución.

Pero el viejo, para cerrar la charla y no queriendo ceder a la penetración y agudeza del joven, dijo con aquel tono de autoridad que da la experiencia y no admite réplica:

—«Es la corona de un rey lo que hace que Hércules no soporte el mundo por mucho tiempo sobre sus hombros.»

La ironía hizo reír a los guardadores de ganado, con aquel contento de

espíritu que provoca una emoción feliz. Hércules sonrió con majestad divina y como ya la aurora abría las puertas del oriente con sus dedos de rosa, el extranjero se levantó y continuó su camino por la tierra inmensa.



EL SERMÓN DEL MONTE

ESTABA delante de Jesús una multitud inmensa; había gentes allí venidas de Decápolis y de Jerusalem y de Judea, y algunas de la otra parte del Jordán. Poco hacía que el Rabí comenzara su obra apostólica: enseñaba en las sinagogas, predicaba el evangelio del reino, sanaba enfermedades: su fama llenaba la Siria; de cuantos, en su generación, ocuparan la tribuna popular para preparar en los humildes el porvenir, ninguno lo hacía con la vehemencia de este bello galileo, ni con la sabiduría, ni con el encanto poético, ni con la majestad elocuente suya.

Las gentes se aturdían con la robustez de su verbo, se encantaban en la novedad de sus ideas y admiraban como de un orden sobrehumano aquel

extraño poder para conquistar las conciencias de los pueblos. Para oírlo, miles de hombres se congregaron en el campo; Jesús subió en un monte y pronunció este discurso:

«Muchos de vosotros venís a oírme por curiosidad, algunos lo haceis por deleite, los otros por artería: pues yo os digo, de una vez, que voy a escoger mi auditorio, así como el sembrador sabe que en el campo hay tierras áridas, heredades de pobre savia y ricas labranzas para sus simientes, y no vacila en donde ha de poner el grano: el reino de los cielos es para los pobres en espíritu, pues bienaventurados sean ellos: los tristes, porque recibirán consolación; los mansos, porque la tierra les será dada en heredad; los hambrientos y sedientos de justicia, porque no les será negada; los limpios de corazón, porque verán a Dios; los pacificadores, porque se dirá de ellos que son hijos de Dios. El reino de los cielos pertenece a aquellos a quienes la justicia persigue. Bienaventurados sean todos estos! También aquellos que dejándolo todo por mí, sean objeto del

odio y de los ultrajes de quienes me aborrecen y me temen. Ellos son la sal de la tierra; figuraos la sal sin sabor, ellos sin virtudes: ¿de qué servirán, y quién hará que la tierra sea digna? Si así fuere, que los humillen los hombres y los conviertan en vilipendio y servidumbre». Luego, dirigiéndose directamente a los escogidos, les decía con paternal entereza: «Os llaman la luz del mundo; dad testimonio entonces de que así sois en verdad: una ciudad que está sobre un monte, no puede esconderse; tampoco se enciende la luz y se pone debajo de un almud, sino en el candelero, para que por ella resplandezca la casa. Si luz sois, que lo conozcan los hombres, y por vuestras obras buenas aprendan a glorificar a vuestro Padre, el que está en los cielos.

Dicen algunos que he venido a invalidar la ley y a desmentir a los profetas. No, he venido a lo contrario, he venido a ratificarlos. De la ley no puede ser cambiada ni una jota, ni una tilde, mientras no sea cumplida en todas sus partes: infringirla o no

enseñarla bien, es empequeñecerse; dar ejemplo de su obediencia es una virtud, y por grande se le tendrá en el reino de los cielos. Cómo, vosotros no sois justos? Seréis al mismo nivel que los fariseos y los escribas; no sé si queréis optar por esto último o si ponéis cuidado en que no se os arrebate de vuestras manos, ni de vuestra frente, ni de vuestro corazón, el principado que os corresponde en el mundo por ser su virtud y su mejor caudal.

Para vosotros son las palabras de este día; para vosotros, que no pisáis mi huella, preguntando á mis discípulos, quien soy, ni requiriendo de mis milagros si de verdad seré hijo de Dios; los que no me buscáis con desatino por ver si maltrato a los ricos, ultrajo a los reyes y maldigo a los hipócritas de la calle y del templo, sino que me esperáis porque yo vengo en busca vuestra, para vencer el mundo.

Así que, hablaremos de los mandamientos de la ley, de como los entendemos y habremos de cumplirlos».

Hizo a continuación, con valentía,

un comentario de los mandamientos antiguos, rompiendo con la letra de la ley y dando la norma de una verdadera, alta y noble conducta moral; asentó los principios de la solidaridad humana, tal como debe entenderse por los espíritus virtuosos y se entró de lleno en el corazón del hombre, matando como un león, las malas pasiones, las enemigas y vilezas que son el ludibrio de la vida. Los hipócritas sufrieron sus más vigorosas estocadas, como que el maestro—con ardorosas palabras—descubrió la manera de practicar ellos la caridad, la limosna y la penitencia, y en un solemne arrebató, rasgó los cielos y mostró al Padre, como nunca los ojos del alma lo vieran en horas de excelsa fe: «No os acongojéis por vuestra vida: sobre lo que habréis de comer mañana, ni de beber, ni con cuales vestiduras cubriréis el cuerpo. Acaso la vida sólo es alimento y el cuerpo vestido? Los pájaros del cielo ni siembran ni siegan, ni forman alfolíes. Vuestro padre celestial los alimenta y los viste, y quién ha dicho que son más dignas

las aves que vosotros? Los lirios del campo, ni trabajan ni hilan, y ni Salomón fué vestido con tanto esplendor como ellos. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todo os será concedido. Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá». Los ojos visionarios de Jesús se encendieron como de llamaradas y la multitud se estremeció, como si un viento del desierto la hubiera arrebatado hasta cerca del trono del Padre y la hubiese encerrado en su corazón: era el fin de los dolores, de la sed y del hambre, de la injusticia, de la vanidad, de la discordia: allí, en el seno de Dios, cabían todos: los ricos y los pobres, los reyes y los vasallos, los malos redimidos y los virtuosos santificados.

El justo velaría—cual un pastor de ovejas—por la felicidad de los buenos.

Eso sí, convenía precaverse de los malos profetas, de los lobos robadores, de los árboles carcomidos, que mejor es cortar y arrojarlos al fuego. En cuanto a él, que no se le dijera: «Señor, Señor», creyendo que tales pala-

bras bastaban para entrar en el reino. «El que no haga la voluntad de mi Padre, no le conoceré en su hora».... La muchedumbre estaba maravillada de cuanto aquel hombre extraordinario había dicho, todo lo cual pareció nuevo a sus oídos, no sólo por el modo como interpretaba los viejos preceptos de la filosofía popular, sino por la trasparente radiosidad de la exposición de sus ideas y por el vigor de su admirable elocuencia. Así que acabó de hablar, reposó su mirada entristecida sobre la inmensa masa de las gentes, y durante un breve rato permaneció en tal actitud: la mayor parte de los oyentes tenía sus pupilas fijas en él; mientras otros meditaban acaso, la pensadora frente en sus manos apoyada: una mujer hacía oración y daba gracias al Señor de los cielos, porque después de una dilatada esterilidad sentía por vez primera removerse palpitante en su vientre el germen de la vida; un hombre—hasta entonces ciego—habíase puesto de rodillas y atormentaba su pensamiento buscando la forma más sen-

sible de hacer manifiesta su gratitud por aquel beneficio, y bendecía con un entusiasmo infantil al hombre cuyo verbo realizaba el milagro de iluminar los ojos de un ciego; una niña, desde su nacimiento muda, ocultaba su cabeza rubia en el seno de su madre, espantada porque el Maestro, mirándola, acababa de darle el don de la palabra: muchos leprosos sanaron, algunos paralíticos recobraron el vigor de sus miembros; una cortesana sonreía angélicamente, pues una emoción de ternura incomparable acababa de revelarle la dignidad de la vida; un rico le dió un beso a un miserable mendigo; dos hombres, enemigos mortales, se reconciliaron y abrazados como dos leales hermanos, lloraban su dicha. Viendo todo esto, Jesús no salía de su arrobamiento y estaba feliz como una criatura. Pasaba por uno de aquellos momentos de noble orgullo humano: su palabra divina, curaba los cuerpos enfermos, enderezaba las almas torcidas, y derramaba virtudes sobre los buenos y los malos—sobre los buenos para afirmarlos en el

gobierno de su conducta, y sobre los malos para hacerlos santos: en el corazón de los ricos para colmarlos con la bondad de los bienaventurados, y en el de los pobres, para darles la riqueza del espíritu; todo ello le hacía comprender mejor su origen celestial, su estirpe divina, y la realidad de sus relaciones directas con el Padre. Su espíritu se engrandeció: el mundo de los justos que su poética imaginación soñaba, obreros salidos de su corazón, lo construían misteriosamente sobre las ruinas de los dolores vencidos, de las miserias cortadas de raíz, de las maldades aniquiladas que fueron el tormento de la humanidad; sobre la ruina de los reyes omnipotentes, de los señores hartos y de las plebes esclavas. Salomón, el Rey, era como el último de los pastores y todos tenían el alma de un rey: los enemigos se amaban; se hacía bien a los enemigos; se bendecía a los que maldicen y se oraba por los que calumnian, y el Señor vestía de gloria y de salud a todos los hombres, como vestía de hermosura a los lirios del campo.... Un gemido,

que brotaba del seno de la multitud, le trajo de nuevo a la realidad: tornó a ver hacia el lugar de donde el doliente y acongojado gemido salía, como una tentación de Satán que mataba de un zarpazo los bellos delirios de su mente celestial, y vió un bulto, arrojado en el suelo, semejante a un hombre, que se estremecía llorando.

Era un leproso: la mala sarna le laceraba el cuerpo desde los pies hasta la mollera de su cabeza; estaba sentado en medio de ceniza y con una teja se rascaba el cuerpo, ahora en carne viva; nada había entero en él: lleno estaba de heridas, de hinchazones horribles y de llagas podridas, para usar las palabras implacables del profeta. Jesús se estremeció de espanto ante aquella carroña viviente, que le miraba sin dulzura: sus gemidos le penetraban hasta en los huesos y le rasgaban dolorosamente el corazón; lo oía decir: «Perezca el día en que yo fuí nacido y la noche en que se dijo: concebido fue varón; aquel día fuera tinieblas y Dios no curara de él, desde arriba, las estrellas de su alba fue-

ran oscurecidas, esperara la luz y no viniera. Por qué no cerró las puertas del vientre donde yo estaba, ni escondió de mis ojos la miseria? Ahora estaría donde descansan los de fatigadas fuerzas: donde están los reyes, los consejeros de la tierra y los que edifican para sí los desiertos; donde están los príncipes que poseen el oro y los que llenan sus casas de plata; donde los impíos dejaron el miedo y los cautivos reposan, sin oír la voz del exactor. Oh! si se pesasen justamente mi queja y mi tormento! La cólera de Dios está en mí y llena de veneno mi espíritu: quisiese Él quebrantarme, extender su mano y reducirme a polvo. Qué fortaleza tengo, para sopor-
tar tantos dolores hasta el fin? Acaso mi voluntad es de piedra, acaso es mi carne de acero? Cuando estoy acostado digo: cuándo me levantaré? Mide mi corazón la noche y estoy harto de devaneos hasta el alba; mi carne está vestida de gusanos y de terrones de polvo, mi piel rompida y abominable; mis días pasaron ligeros como la lanzadera del tejedor y concluyeron sin

esperanza. Acuérdate que mi vida es un viento, y que mis ojos no volverán para ver el bien, por tanto no callaré: hablaré de mi angustia y gritaré las amarguras de mi alma. Tuve riquezas y fortuna y todo me ha sido arrebatado, me partieron las entrañas y con mi sangre se ha mojado la tierra; mis ojos están cubiertos con el lodo y mis pupilas en tinieblas; y acaso yo fui un malvado? Acaso hubo iniquidad en mis manos? Fue sin duda falsa mi oración? Antes al contrario: seguí los mandamientos de Dios, fui por sus caminos y sin embargo Él me ha llenado de espanto, secado mis huesos, abatido mi cerviz, tornado en luto mi arpa y puesto en mis labios solamente lamentaciones. Incomparable es mi dolor: clamo, y no se me oye; me presento, y nadie me echa de ver; soy despreciable como la ceniza y el polvo. Por qué Dios se ha tornado tan cruel conmigo?»

Jesús temía caer en el suelo: sus fuerzas desfallecieron, se turbaron sus pensamientos y la angustia se posesionaba de su corazón, debilitándolo:

ya no oía sino aquellas imprecaciones, ya no veía sino aquella carne sangrando, aquellas úlceras horribles, aquellos ojos endemoniados que le abrasaban con sus hirientes miradas. Quién era aquel que llenaba con sus gritos el campo, como un león herido? La multitud contemplaba a Jesús absorto, que clavaba sus miradas en un punto del valle, sin que nada hubiese allí visible a los humanos ojos: por eso, alguien dijo que hablaba con Dios; otro que con los profetas, y un fariseo insolente afirmó su convicción de que el Rabí estaba loco.

Jesús apuraba el cáliz de una tremenda congoja, hasta la última gota.

El leproso era Job, el varón recto y justo de la tierra de Hus, eminente por su sabiduría, por su bondad, por su temor a Dios, por todas sus virtudes, y más aún: por sus inmensas riquezas que le hicieron el más grande y el mejor de los hombres orientales. Su hacienda la componían siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientos asnos, y el apero necesario para esos anima-

les. Era su hogar, modelo de ellos; sus siete hijos varones y sus tres hijas se congregaban, de cuando en cuando, para celebrar banquetes en honor de su felicidad, y Job, para reconciliarlos con Dios, por si hubiesen pecado, oraba por ellos y ofrecía holocaustos al número de todos. Job era dichoso, no sólo porque vencía la vida con sus inagotables caudales, sino porque rechazaba el mal con la fortaleza de sus firmes y brillantes virtudes. El bien le enriquecía. Sin embargo, de pronto le fue quitado todo: murieron sus animales, le mataron a sus hijos, quedó sin hacienda cuando ya estaba viejo, y finalmente la lepra le cubrió el cuerpo, y los sacerdotes le declararon inmundo. Por qué? Sí, por qué tanto dolor para el justo?

En la mente divina de Jesús se borraron la bella y grata fantasía que su propio verbo levantara en ella y los hermosos espectáculos que al concluir su discurso, halagándole la vista, confirmaron en él la idea de su linaje celestial: pero estas úlceras in-

fecciosas, que clamaban justicia de los cielos sordos, le mostraron la desnudez de la vida, el horror de las miserias humanas, las penas del hombre, las cuales no encontraron alivio jamás en las palabras de ningún profeta. El desventurado leproso, que a veces cerraba sus propios ojos para olvidar — siquiera un momento — el repugnante estado de sus carnes laceradas, y cuyo corazón era una tempestad de gritos, contestaba con sus heridas y sus maldiciones los párrafos valientes con que el joven y bello profeta construía en la imaginación de las muchedumbres ingenuas los sueños del porvenir.

Juan, el predilecto, se acercó al Maestro, y cruzando la diestra sobre los hombros de éste, se inclinó suavemente y le besó en la mejilla con indecible ternura, diciéndole al oído, con el acento de una alondra que canta la canción del alba, temerosa de turbar la paz de las estrellas: «Maestro, oras?»

Jesús, entonces, salió de su visión espantosa, pasóse la mano por sobre

los ojos, para borrar aquella impresión de espanto y sufrimiento que le puso dolor en su alma infantil, y sin mirar al discípulo bueno, observó por lo bajo:

«Un espíritu pasó por delante de mí, que el pelo de mi carne se erizó...»

Desprendiéndose de los brazos de su hijo, fue hacia el lugar donde la visión del leproso estuvo, arrodillóse y poniendo su frente en el suelo, oró y lloró en silencio; luego, levantándose como distraído, se alejó solo al monte; entristecido él, que había prodigado en sus bellas, en sus valientes palabras, la riqueza de la alegría divina sobre el corazón de los que sufren.

UNA ESCENA

Hasta entonces habíamos tenido casi todos la energía de detener nuestras lágrimas, pero al verle beber, y después que hubo bebido, no pudimos contenernos.

(Del *Fedón*).

SÓCRATES miró a Fedón con una mirada apacible y llena de la más noble ternura, como si hubiera querido decir al discípulo predilecto algo que no debiesen oír los demás compañeros.

Fedón inclinó sobre el hermoso pecho de semidios su apolínea cabeza, y llevándose las manos sobre la frente, cubrióse los ojos y se dió a llorar como un niño.

—Iba a menospreciarte, amado Fedón—advirtió el maestro—porque te

entristeces y lloras como una criatura en el momento más solemne y más grande de mi vida, pero he meditado y comprendo ahora que no tengo derecho alguno para impedirte que llores.

Avanzó algunos pasos dando la espalda a los amigos, pasóse al descuido su mano por la frente como para quitarse una sombra, luego se volvió con dignidad hacia ellos: casi todos tenían el rostro oculto entre los pliegues de la túnica. Contemplándoles, el maestro dejó caer estas palabras inmortales:

—Debo estar agradecido a vosotros los que lloráis. Ahora veo más claro que no he de morir. No siendo vosotros indiferentes a mi suerte, no sé por qué pienso que tampoco ha de serlo la posteridad. El llanto de los buenos es como el licor que da a los dioses la inmortalidad y la hermosura.

El filósofo se acercó a su lecho y se reclinó en él para morir.

SOBRE LA INTEGRIDAD DEL CARÁCTER

El hombre se vanagloria diciéndose dueño de tales o cuales virtudes: se llama justo, se dice valiente, se juzga honrado, se defiende contra quienes de su integridad sospechen, y se marea creyendo que su cabeza está llena de sabiduría. Habrá—pregunto yo—hombres de verdad íntegros, valerosos, amantes leales de la justicia, soldados del honor? No hicieron éstos, un día cualquiera, manifestaciones de su imperfecta naturaleza humana? Mejor sería aceptar como cierto que hay en el cielo, en el fondo de la tierra o en los misterios de nuestra conciencia, un ideal de justicia, un modelo de bien, una concepción divina del honor; pero que fuera

de estas estatuas no hay sino hombres que alguna vez en su vida son virtuosos y poseen aquellas excelentes cualidades morales, siendo en otras ocasiones adversos a la virtud: como este orgulloso autor del Eclesiastés o del Zend-Avesta es un compuesto de luz estelar y de lodo impuro, sus actos estarán amasados con los mismos elementos, a veces en notable desproporción; si no, se daría el caso de ver mezclados entre las fealdades, concupiscencias y desequilibrios de la tierra, hombres que fueran dioses irrepreensibles.

Sucede, pues, que el hombre se engaña, sobre todo si su estatura moral no alcanza elevación extraordinaria y se engaña, agregamos, como un vasallo y no como un rey. Salomón, David, Alejandro, Savonarola, fueron dioses u hombres? Los libros hacen celestiales las vidas humanas, porque es fácil escribir las «Vidas paralelas», pero las generaciones contemporáneas deben dar acaso testimonio muy distinto de los héroes que vivieron en su tiempo. Infatuarse

con la vana creencia de ser magistrado de la virtud y digno por lo tanto de que se le dé alimento gratuito, hogar y leña para el invierno en el Pritaneo, es mentir: mentir hacia afuera y hacia adentro. Si es una máxima indiscutible que pecamos al supouernos enteramente sabios, cómo no pecaremos mostrándonos al mundo enteramente buenos y santos como San Francisco de Asís, rectos como los patriarcas de la Biblia? Porque generalmente nos vestimos de bondad para el mundo, mejor dicho, para lujo del mundo, aun cuando respecto de nosotros mismos convengamos en que nuestra propia desnudez es horrible. Esto de la virtud tiene también sus modos de ser distintamente apreciada por el entendimiento del hombre. Quién sabe si donde yo veo una estrella no hay sino la huella de un astro convertido en polvo? Quién sabe si donde yo creo que existe una conducta irreprochable, hay un Tiberio? Justo, Justo? No es una cosa demostrada que Job sea una realidad, y por tanto no nos encontramos cohibidos

para estimar su vida eminente como una novela. En este mundo, donde un minuto no es igual al otro y en donde el hombre—a pesar de su soberbia—es siervo del desconocido destino, no está absolutamente seguro un santo de no ser tentado por Satanás, de no ser arrebatado por la corriente de un vicio. De ánimo celestial sólo un Cristo, y empero, conviene poner la cuestión en claro. Todo lo anterior, a propósito de la costumbre de gentes irreflexivas, que no temen llamar honrado a quien lleva las manos sucias, bueno a quien no soporta él mismo su alma envenenada, inteligente a quien le hace ruido el viento en la cabeza, e íntegro a quien aun no ha sido probado por la brisa del desierto, que doblega los ánimos como cañas—que fueran—sin fortaleza.

LAS MANIFESTACIONES VALIENTES DEL HOMBRE DEL CAMPO

LAMAMOS hombres valientes a aquellos que trabajan y cultivan los campos, y están en grande aprecio por sólo este concepto. Ellos también así lo creen, y se vanaglorían altivamente de su empresa de esforzados, que no llevan grabada en escudos de hierro, por cuanto a estos ha tiempo los trocara la industria en cañones y ametralladoras, sino en sus frentes que el sol de verano tuesta, en sus robustos pechos de bestia y en el acero de sus recias manos.

Para un tal hombre, nada que deje de parecersele vale a sus ojos una brizna del campo: de allí su rencor contra todos los letrados de la ciudad: contra los que discuten, vestidos de

hermosas túnicas orientales y coronadas de flores la frente marmórea y fragante, en los pórticos de los templos, cuya sombra suave y dulce aviva la imaginación y da frescura al pensamiento noble. Él no ama, antes bien, desprecia: a los abogados y a los doctores, a los periodistas y a los filósofos, a los políticos, particularmente. Hase habituado a ver las cosas con su ojo de campesino: sólo él sabe trabajar de verdad, «como trabajan los hombres», puesto que el alba ya le encuentra en la montaña derribando con su hacha implacable los robles gigantes.

No, nunca—digo yo—fue esta la mejor y más digna tarea del hombre. Que tiene su virtud, ¿cómo negarlo? Esos trabajadores de bronce son la fuerza de la tierra; pero su espíritu, su alma heroica, su concebir sublime y glorioso, está en otra parte. Ellos hicieron las pirámides del desierto y las cien puertas de Tebas, ellos hicieron las siete ciudades de Troya, el templo de Jerusalem, la Iglesia de Bizancio, Nuestra Señora de París, en

fin: pero antes, ya esos soberbios monumentos tenían su forma majestuosa en el pensamiento de aquellos otros hombres—no menos valientes—que los concibieron.

Ellos, «los que trabajan de verdad», fueron capaces de sembrar una montaña y aún más: de reducir a polvo el monte Athos; los otros, en cambio, siembran tres años para que se alimenten veinte siglos. No hay pueblo honrado que declarara su preferencia por los graneros con perjuicio de las universidades, o que le quitara la corona de la frente al Dante, para adornar con ella los brazos fornidos de los obreros de la campaña.

En una ciudad que no peca por el exceso de la obra espiritual ni se inclina desordenadamente hacia los apetitos de la materia, todo hombre de bien «trabaja de verdad.»

Y al final, quién sabe cuales son los que hacen la dignidad de la casa! Quién sabe cuales han escogido la buena parte, que no les será quitada! Ahora, si es por el dolor, no solamente se fatiga el brazo tajando pe-

ñas y labrando piedras, también el alma se fatiga. Toda tarea tiene su quebranto. Es verdad que la mala democracia no distingue este matiz de la actividad humana, y por eso falla. A fuerza de halagar instintos ha puesto en descrédito la tribuna y la cátedra, la lira y la pluma de oro, y ha hecho condenar a Sócrates por los imbeciles de Atenas.

Todo lo bueno y lo útil tiene su majestad en la tierra: un Salmo de David vale lo que un algodonal de Atlanta o un trigal de Rusia, y una tragedia del poeta inglés, lo que una estrella del cielo.

EL GENIO

EN un libro—que no es un gran libro—me encuentro una bella expresión que lo justifica: el autor se refiere a cierta persona, de quien un su amigo publicó en un diario varios versos con la firma de ella, cosa que no era de su agrado, y a ese propósito dice aquél que: «parecía no aceptar ante los hombres, como suya, la obra en que notaba imperfecciones.»

Por aquí—pienso yo—comienza a formarse el genio. El genio se distingue de lo que no lo es, en cuanto él se basta a sí mismo para calificar sus virtudes y sus errores, cuando otros necesitan ponerse en algún escenario para que el mundo les juzgue. Es lo de la parábola de Jesús: el fariseo que decía sus bienes a Dios en voz alta para ser oído en el templo y el publi-

cano que no osaba levantar los ojos. Quieren unos que se hable de ellos y se les ensalce; mas los que de verdad son primeros buscan la fama y las alabanzas dentro de sí: piden aquéllos coronas para sus frentes y éstos reclaman la frente limpia, pero el alma de príncipe. Y como esto es algo menos común y más difícil, resulta de allí que pocos son los escogidos. Estos se llaman, en la filosofía, Spinoza; en la poesía, Shakespeare; en vivificar mármoles, Miguel Angel; en hacer divinos lienzos, Rubens; en poner en vergüenza a los reyes, Tácito; en descubrir mundos, Colón. De todos, el más afortunado fué Miguel Angel, a quien pontífices soberanos y príncipes magnos estimaron, pero tan poco favor hacía a sus admiradores, que a punto estuvo de quebrar la estatua de Moisés—decimos nosotros—porque no se levantó del zócalo a besar la frente de su padre, que soplo de vida faltó únicamente al mármol. De todo fueran pobres el Hamlet o el Otelo, las «Historias» o las conquistas del genovés, si estuvieran pendientes sus crea-

dores de cómo piensan las graderías de los anfiteatros.

El error de los hombres comunes consiste en no poderse pasar sin la opinión de las graderías. Importa, acaso, el que la obra sea imperfecta si los miopes de la calle dicen que la obra es perfecta y notable? si los Luis XIV saben distinguir el original de la copia con preguntar la diferencia en secreto a quien está a su lado? Fué así, en todos los tiempos, como las medianías se disputaron el grave parecer de las multitudes? Y si tal fué, dónde está ahora el ruido que hicieron, dónde iremos a buscar sus admiradores, que fué de su memoria? Sin embargo, que está el tesoro del mundo: ésta es la Odisea, aquellos los discursos de Pericles, éste es el Fausto, aquel es el *Lucernam Mundi* de Copérnico y ésta es la América de Colón. Si el huracán del apocalipsis levantara sus formas del polvo, reconocerían ellos sus obras ante los pueblos congregados para la última sentencia y gozaran con ellas ante el soberano juicio de Dios.

LAS ROSAS SE DESHOJAN

OFELIA.—Suerte traidora,
Aquello ver ayer, ver esto ahora!

(Del *Hamlet*)

LAS rosas del vaso de plata que en mi escritorio está para adorno de él y para que su ramo primaveral regale de aromas el ambiente del pequeño salón, se van deshojando ya: los pétalos marchitos caen al pie del vaso y forman los unos sobre los otros como un montón de niños o de mariposas dormidos.

No se acaba así la vida, por desgracia; sino que se rompe en pedazos, sangrando: cada fragmento al desprenderse, deja una herida en el alma: es el ser como en mármol labrado, y el Destino, como si se deleitase con ello, golpea implacable para conver-

tirlas en astillas, sobre sus formas suaves, sus líneas delicadas y sus aristas bellas. Ya el rosal se ha deshecho; y qué importa? En ese nido de pétalos finísimos, aun podrás descansar la frente, dar frescura a tus labios y posar tus miradas de virgen: también puedes recogerlos en un pañuelo de seda, guardarlo todo entre las ropas de tus armarios, y así sabrás conservar su aroma por mucho tiempo. Esta memoria nos hará reir más tarde; por un momento más la lozana flor vivirá con nosotros, y quién sabe si por culpa de ella, días después, embriagada con sus penetrantes olores, te dormirás en los brazos del amado.

Pero lo que se nos quita de la vida, ningún encanto conserva; antes es su recuerdo doliente. Los alegres días, las noches amables, tus manos santas, tus palabras de amor que eran como dulces cantares, los besos juguetones, las danzas, tu primer abrazo ardiente, tu primera lágrima feliz, tus tocados de doncella, nuestras ilusiones y las esperanzas, todo cayó en

trizas, y nada queda sino un vago y desesperante recuerdo de como fueron. En el tumulto de nuestros pensamientos de hoy, las encantadoras cosas de ayer pasan como estrellas que se alejan en la noche tormentosa, y viéndolas se comprende mejor que se muere por partes.

Ya no hay rosas en el vaso de plata. Suerte traidora—dice la desesperada Ofelia—aquello ver ayer, ver esto ahora!



EL SEPULTURERO Y HAMLET

El sepulturero cava la tumba de su amante. Ahora está pensativo.

HAMLET.—En qué piensas, sombrío meditabundo?

EL SEPULTURERO. (Torna a ver a Hamlet, y luego de mirarle suavemente, le dice con voz acompasada, en cuyo acento se revela un hondo sentimiento de tristeza amorosa)—Estoy sepultando mis amores.

HAMLET.—Ridículo estás, sepulturero! Tú también cantarías en las nupcias de mi madre? (Hamlet ríe con su grave y conmovedora carcajada de demente) Por ventura, no es tan solo la carne muerta la que se arroja en las fauces de una tumba?... Mas, sí, tienes razón...

Muerte! Muerte! Cuán vacía esta palabra! Apenas el hombre satisface con ella su espíritu atormentado y confundido ante la misteriosa majestad de la eterna interrogación: morir! Hasta aquí llega cuanto él puede saber de la vida. Es que de verdad la tumba es el punto final de una existencia? Porque enterraron a mi padre es por lo que debo olvidarle, ya que no existe a mis ojos? Quién sabe si una sepultura no es más que una fuente sagrada de vida, una redoma donde el maravilloso alquimista crea nuevos gérmenes, continúa forjando eslabones para esa cadena de la vida que no se sabe ni dónde principia ni en dónde acaba? Sólo una tumba hay que se abre sedienta en lo más recóndito de nuestro ser, y es en donde arrojamos voluntariamente aquello de que estamos hartos y que antes fue lujo de nuestra alma: odios, amores, ambiciones, soberbias, anhelos, pensamientos, sue-

ños... Solamente esto muere para nosotros mismos cuando así lo queremos: a veces ello perdura en la mente inmortal, como la luz de las estrellas ha mucho tiempo borradas de los cielos, pero es necesario que esas cosas valgan más que nosotros... Pobre sepulturero!... le quitau su compañera de amor! (Hamlet ríe brevemente con su grave y conmovedora carcajada de loco) Hipócritas! Enterraron a mi padre después de darle la muerte, lloraron sobre su sepulcro y luego?... Otra cabeza se puso la corona de oro para orgullo y solaz de la reina. Así tú, arrojas tierra sobre el ramo de flores que perfumó tu corazón en la mañana; bien quisiera verte cuando pongas rosas nuevas en el jarrón! Pero, te ofenden mis palabras? No es verdad que la amabas con ternura?

EL SEPULTURERO.—La amaba... La había visto crecer a mis ojos, y yo la cuidaba como planta de maceta.

HAMLET.—Menos mal para tí, que sabes cuál es el olor de una fosa.

Dí, sepultero: la olvidarás?

EL SEPULTURERO.—Sólo a los muertos se olvida.

HAMLET.—Ahora sí que dices valientemente la verdad! Qué nobles palabras, cuántas cosas me revelan que yo ignoraba hace un momento! Ya a tí no hay que decirte los viejos versos: «Vé y pídele a Helena el licor que induce al olvido. La hermosura extingue todos los males». Tú no podrás olvidar. Muy bien, muy bien. Serás uno de los pocos que no asistirían de buen grado a las nupcias de mi padre. Se comprende que procedes correctamente llorando la ausencia de una mujer.

EL SEPULTURERO. (Como hablando consigo mismo)—Mi amante besó mi frente, perfumó mis cabellos, puso rosas en mis sandalias y luego me dijo: «Cómo entristeces mi corazón pobre amador en vano».

HAMLET.—Tenía lástima de tí, como

que era mujer. La amabas y ella lo sabía y jugó con tu corazón: doble motivo para que tú llores. No me habías dicho esto desde el principio? Al menos, no lo recuerdo, y nos habiéramos ahorrado muchas palabras. Lloro, sepulturero, poeta relegado a un cementerio... Déjame llorar a mí también: quiero ofrendarte mis lágrimas para que colmes tu sepultura, ya que ellas no bastan para llenar esta tumba que llevo dentro de mí y desde cuyo fondo gritan con voces de tempestad, el noble corazón de mi padre y el dulce y cándido corazón de Ofelia. (Hamlet se aleja lentamente, con dignidad de príncipe. Su carcajada grave y conmovedora tiembla en el cementerio como el aleteo de un pájaro enorme que se aleja herido.)

LA MONTAÑA

UNA montaña vista de lejos provoca en el ánimo un sentimiento de majestad noble y sencillo. Nada de asombro. Se figura uno, a veces, que está al nivel de sus más altas cumbres y que, extendiendo la mano, se podría acariciar con ella los flancos de la enorme masa o entrarla en sus entrañas. Así, pues, tener en frente una montaña es un modo de familiarizarse con lo grande, sin que esto pierda por ello, ante nosotros, sus propiedades, y es al mismo tiempo un beneficio, porque ella es un conjunto vivo de lecciones saludables para el hombre. El mar es una escuela de actividad incesante, que llega en ocasiones hasta el desorden; la montaña lo es de voluntad y de dominio. Y para comprender mejor la impor-

tancia que dentro de la naturaleza se ha de haber querido dar a la quietud de una montaña, basta fijar la mirada en el espectáculo que ofrecen las relaciones entre ella y el mar: aquélla parece la continuación de éste, cuando, cuando se va desde la tempestad al equilibrio, y cuando la marcha se hace en sentido contrario, se diría que la montaña se disuelve en el mar. Esta correlación entre el mar y la montaña no nos parece infundada, porque la montaña, bajo el aspecto azulado de que la reviste la distancia, nos da idea de una inmensa ola que se precipitara un momento antes de desplomarse.

En el incansable palpar del océano se comprende el proceso de la formación de los mundos: es como una fundición de todas las cosas de la tierra y del hombre: allí se están haciendo los continentes, allí se están forjando los Junfrau, los Chimborazos y los Popocatepelts; de allí va a salir el hombre; por esto, yo no sé que relación indefinida hay entre un monte y esta pequeña figura de menos de dos metros

de alto: la montaña posee cierto genio y cierta voluntad para construir bosques de árboles gigantescos, para tajar desfiladeros de aterradora profundidad, para empujar hacia afuera esos torrentes que hicieron pensar a los pueblos cándidos que las cataratas de los cielos se precipitaban sobre la tierra: de hacer cosas respecto de cuya duración los siglos son apenas como fugaces y breves relampagueos. Y el hombre, a veces procede como un monte; su genio y su voluntad parecen el genio y la voluntad de aquél: hace ciudades como Babilonia y Jerusalem, y Atenas y Roma, y París y New York: hace libros como el Ramayana y la Biblia, el Fedón y el Comentario de César, el Quijote y el Hamlet: hace estatuas como las de Memnon y la Minerva de Fidias, el Moisés y la estatua de la Libertad: constituye civilizaciones que, a pesar de ser las cosas humanas perecederas, ellas no así, porque su espíritu tiembla de entusiasmo y alienta hoy con sus secretas y misteriosas energías desde el fondo oscuro del tiempo como

si se hallara en las épocas de su más hermosa primavera. En el terreno de ciertas especulaciones científicas, se atribuye al mar la maternidad de todas las cosas de la tierra, y hablando en un sentido figurado hiperbólico se dice: que el genio sacó los continentes del seno de las aguas. Si esto es cierto, en todo caso, el hijo ha resultado superior a su padre. Otras especulaciones, no menos atrevidas, dan un papel más saliente a las montañas, pues las consideran como los nervios que imponen carácter a la Tierra y mantienen su estabilidad; de tal modo que el desequilibrio de una de ellas trastornaría el gobierno de este pequeño grano de arena del universo.

La montaña es maestra de belleza: sus aristas atrevidas, sus ondulaciones limpias y suaves, sus pendientes, lentas unas veces, temerarias otras, cubiertas con manto de verde tinte, donde se exhiben sus más variados matices; sus claros y sus sombras repartidos armoniosamente, y sobre todo, esa viva aspiración hacia lo alto, nos conmueven, con aquella misma

gratitud y satisfacción íntima que si estuviésemos frente a una obra de arte. Es una belleza, esta, que participa de lo heroico: de la oda robusta, al estilo pindárico, del poema que brota de la pequeña boca de Homero para llenar el espíritu del mundo, del discurso de Pericles o de Demóstenes, del canto secular del Dante, de las Gestas del Cid Campeador, del siglo de Julio X y de la Trilogía de Wagner. Decimos que participa, pero es tan solo para ir aclarando nuestras ideas: volvemos el razonamiento en sentido contrario, para comprenderlo mejor en su sentido lógico, como cuando volvemos el revés de la alfombra a fin de ver el tejido y la urdimbre y así admirar más la maravilla artística. En efecto, antes que participar de esa majestad divina y de esa belleza grande, la montaña es un tesoro vivo de esas cosas: tiene un modo de ser bello, gigantesco, sereno, altivo, claro, radioso e inmortal, sin que por eso falten ciertas finas delicadezas, que así como en la Iliada, para hacernos descansar del tráfico de las batallas, los amores de

Helena y de Paris se ofrecen al espíritu como una alfombra de flores para su sosiego y regalo, en ella hay nidos donde los pájaros se aman.

Pero no se ha dicho aun de una manera definitiva si fue de la montaña o de la mar de donde surgió el hombre para habitar la tierra; mas, tiene la primera tales dones de fortaleza, de omnipotencia y de estabilidad, que de ciertos hombres singulares y de ciertos pueblos, no puede menos de decirse sino que vienen en línea recta de la montaña: ella para ser bella, es corpulenta; para ser alta, es fuerte: y para armonizar todas estas cualidades, descansa sobre una base amplia que la hace incommovible: por aquí aprendieron las gentes de otras edades, a levantar aquellos monumentos—que parecen asilo de los siglos—y los cuales llenan el seno del Asia, el de la Europa clásica y los bosques americanos. En dónde aprendemos, las generaciones presentes, a construir nuestros edificios y a hacer en general todas nuestras cosas tan perecederas? Qué fuerzas ha perdido

nuestra inteligencia, que ya no escuchamos las grandes voces del pasado, ni nos es posible preveer el porvenir y tratar con él? No damos testimonio de nuestro origen y consideramos que el presente es demasiado para nuestro destino.

Todo lo que va más allá de los límites de lo ordinario, como aquel general debilucho de Marengo, se acerca a la montaña como atraído hacia ella por cierta secreta y poderosa afinidad de parentesco: en sus estribaciones, se levantan los más elevados árboles de la naturaleza; en sus honduras, hacen su guarida los animales ante los que el hombre tiembla de pavor; en sus alturas, la voz de Dios ha dictado el decálogo a Moisés; Aníbal se ha deslumbrado en la contemplación de la campiña romana, sobre cuyas ciudades de mármol, pronto precipitará él las águilas cartaginesas; y desde aquéllas descendió el genio de la libertad americana, para salvar el honor de veinte pueblos. Y sobre un monte fué en donde se dijo aquel sermón secular, que como un misterioso

acento de los cielos, hace veinte siglos varió el destino de la humanidad para acercarla al Padre, que es la suprema perfección divina.

He aquí, pues, cómo la montaña, por su fortaleza, por su corpulencia, por su elevación, por su inmovilidad, que hace pensar en el enorme sepulcro de una orgullosa dinastía indígena, o de una generación de tres mil años, es maestra, para el hombre, de ánimo, de robustez, de serenidad; a ella se entra o por ella se pasa, para recuperar las fuerzas perdidas, y a veces parece que siembra en el corazón de ciertos tipos humanos, el germen de esa voluntad que consiste en aspirar a ser maestro o amo de los pueblos, y en levantar la cabeza para tocar con la frente los firmamentos. Fuente renovadora de la naturaleza y de la humanidad, la montaña, que es un signo de la vejez del mundo, es al mismo tiempo su eterna juventud; y así como a veces da la idea de una matrona, en otras, tiene las alegrías y aquella encantadora vivacidad de la doncella: cuando

se engalana con las flores de la primavera, con su frescura y aromas, para celebrar sus nupcias con un sol de mayo.

Qué riquezas las tuyas; qué tesoros escondidos en su seno; qué de virtudes en su grande alma! Por qué ignoramos estas cosas? Porque acostumbrados a tratarla todas las mañanas, presto entramos en confianza con ella y no le concedemos nada de maravilloso. Así, tampoco reconocemos al hombre genial que pasa a nuestro lado: no sabemos si éste es Milton o el Dante, si éste es Homero ó Valmiki, si éste es Sócrates o Jesús: empero, qué continentes de ideas palpitan en su cabeza, un poco más grande apenas, que la más grande de las estrellas, como las vemos en las noches límpidas.

En las noches, y en aquellos momentos, sobre todo, de conmovedora quietud, la montaña se destaca en el horizonte como la única manifestación de vida de la naturaleza. Está de tal modo impasible como la ciudad, que parece muerta. Sin embar-

go, ella es como una concentración de fuerzas que un suave impulso bastaría para desplomarla hacia un lado: viéndola, sucede que se corporizan algunas de estas ideas generales de las que llamamos intangibles, por no ser suficiente la voz abstracción para determinarlas: como la eternidad y lo infinito. La montaña es como una eternidad convertida en piedra. Qué es este hacinamiento negro, inmóvil, enorme, sobre el cual como que descansa la noche? Cuántas centurias hace que está allí? Es como los siglos que se han amontonado los unos sobre los otros; es como un agrupamiento de restos de humanidades muertas; es, como si en la hora fantástica del Apocalipsis, trabajadores de Dios hubiesen arrojado unas encima de otras: las ciudades con sus grandezas y sus miserias: allí están los parlamentos, las residencias de los monarcas, los palacios de los presidentes, allí están las Bibliotecas, los Museos, allí están las Universidades y los templos, allí están las armerías y los barcos gigantescos,

allí están las grandes máquinas de la industria. Todo lo que es del hombre se encuentra para probanza y justificación de lo que hizo en el mundo.

Qué será después de la definitiva Justicia, así que de un lado se haya puesto a los buenos y del otro lado a los malos, cuando diga su última palabra el Rey de los Reyes y el Señor de los Señores? Entoices, pensamos nosotros, soplará Dios sobre ese monte y de toda esta valiente, dilatada y hermosa labor de mil generaciones, no quedará sino el artífice de ellas, el hombre perfeccionado a fuerza de emplear los tesoros de su voluntad y de su mente en la conquista de sí mismo.

La magnitud de las montañas hace pensar en que fué creado este mundo para algo superior que no esta humanidad que se atormenta con mezquinos dolores, con ansias insaciables y con afanes locos, entre sus estrechos pliegues: para más elevadas generaciones, para más valientes voluntades, para más espléndidas inteligencias y

para empresas más gloriosas, han debido edificarse estos anfiteatros gigantescos, esculpidos por obreros monstruos en los flancos de los Himalaya, de las montañas africanas, de los Alpes y de los dilatados Andes. Así como parece que no es sino una ciudad de proporciones inmensas la que fué convertida en polvo por la ira de los cielos y cuyos vestigios son los desiertos de Idumea y del Sahara; así como parece que estos mares—que borran en la imaginación la idea de lo limitado—no han debido ser apenas, para que entre una de sus ondas se hunda la escuadra de los Persas o la Invencible armada o la flota infeliz de Rojestvenzky o el «Titanic.» No, estas cosas dan testimonio de una historia para siempre olvidada, cuyos hechos se pierden a nuestra débil apreciación: qué naciones se asentaron entonces sobre la haz de la tierra? Qué reyes gobernaron a esas naciones, qué palacios fueron los de esos reyes, qué asambleas de Cíclopes presidieron ellos, qué poemas cantaron los David de aquellas épocas? Qué mucho—deci-

mos nosotros—si la misma tierra es un canto enorme, en donde la India con la Filosofía de sus sabios y los faustos de sus cortes, donde la Grecia con sus Ateneos y sus Rapsodas, donde toda la Edad Media caballeresca y trovadora, no son sino pequeñas estrofas de una grata y delicada entonación—perdidas en el poema robusto? Ahora se justifica por qué el hombre se halla tan inclinado hacia la naturaleza grande: por qué los profetas se van al desierto, por qué los guerreros buscan los montes. El hombre necesita la contemplación de estos hechos singulares, algo así como para recordar el sentido de su lejana tradición en que él no sólo era digno de la Tierra sino que en recompensa de los bienes que de ella disfrutaba, le daba majestad con sus hazañas.